

JOSEPH JACOTOT (2008), *ENSEÑANZA UNIVERSAL. LENGUA MATERNA*, TRADUCCIÓN DE PABLO IRES, BUENOS AIRES, ARGENTINA, CACTUS.

Lectura y emancipación

Creo que Dios ha creado el alma humana capaz de instruirse sola y sin maestro.

Hace falta aprender algo y relacionar todo el resto con eso, según este principio: Todos los hombres tienen una inteligencia igual.

Aquel que no se cree capaz de enseñar lo que no sabe a su hijo aún no me ha comprendido.

JOSEPH JACOTOT

En el comienzo del siglo XIX, cuando todavía dominaban las ideas del Siglo de las Luces, ese siglo XVIII ilustrado en el que la revolución social se concebía como la incorporación de los más desfavorecidos a la instrucción escolar basada en el racionalismo, apareció un método de enseñanza denominado la *enseñanza universal* que formuló un profesor llamado Joseph Jacotot quien, producto de una situación azarosa en su vida, hizo un descubrimiento maravilloso que lo llevó a postular una concepción de la enseñanza que se enfrentaba al pensamiento pedagógico dominante y que se resumía en la siguiente frase: “Creo que Dios ha creado el alma humana capaz de instruirse sola y sin maestro”. Esta tesis se relacionaba con la lengua porque esta facultad no es otra que la misma que nos hace capaces de hablar pues, como plantea Jacotot:

Cuando nosotros aprendemos nuestra lengua materna, nadie nos la explica, y todos la comprendemos sin otro intérprete que la visión de los hechos que son su traducción viviente [...] He aquí el método que siguen todos los hombres, de un polo a otro, método infalible y universal porque se sigue sin maestro, por propia inteligencia y sin otra guía que la necesidad. (57)

A partir de una tesis semejante a la de Noam Chomsky, Jacotot considera que el niño aprende a hablar sin que nadie le enseñe pero, en consecuencia, él considera que puede aprender de la misma manera cualquier cosa, sobre todo aquello relacionado con la lengua: la gramática y sus formas de expresión, orales y escritas. El punto de partida es la buena lectura de un texto que se repite, memoriza y recrea para establecer relaciones con cualquier otro nuevo conocimiento. Sin embargo, a diferencia de Chomsky, Jacotot no cree que esta facultad natural sea algo meramente biológico, independiente de nuestra vida como seres comunitarios, porque el lenguaje, para él, es en esencia dialógico: se dirige siempre a otro y, en consecuencia, tiene un carácter público.

Jacques Ranciére, filósofo francés a quien le debemos el único estudio profundo de la obra de Jacotot en su libro: *El maestro ignorante*,¹ también es quien escribe la introducción de la traducción española de la obra de Jacotot: *Enseñanza universal. Lengua materna*, en donde señala, con respecto a este dialogismo determinante en el método de Jacotot, que:

El arte de la pedagogía es el de reproducir indefinidamente la distancia, es decir, la desigualdad, que pretende suprimir [...] la cuestión de la *lengua materna* está en el corazón de la relación entre tiranía y emancipación. El gesto inicial de la tiranía es en efecto olvidar que el niño que ella “comienza” a instruir ya ha hecho el más difícil de los aprendizajes: el de comprender los signos intercambiados por los seres humanos alrededor suyo y apropiárselos a su uso para hacerse comprender por ellos. Lo hace según su propio método de todo ser parlante: *no comenzando por el comienzo*, insertándose en el tejido de una circulación que siempre ya ha comenzado. Él se ha hecho un lugar en el tejido común, observando, escuchando, comparando, repitiendo, improvisando. Lo propio de la tiranía educativa es anular ese primer aprendizaje, devolviéndolo a la nada de la rutina y el azar. (14)

La importancia de la traducción española de este libro es doble, por una parte nos permite conocer una obra desconocida para los hablantes de la

¹ Jacques Ranciére (2007), *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*, traducción de Claudia Fagaburnu, Buenos Aires, Argentina, Libros del Zorzal.

lengua española que, por cierto, ha pasado desapercibida durante muchos años en la misma Europa, pero también nos revela otra manera de entender la facultad lingüística en relación con la enseñanza de la lengua en las escuelas, a partir de una crítica a sus métodos que siguen siendo vigentes por cuanto éstos continúan funcionando como mecanismos que mantienen la desigualdad social, basada en una división entre los sabios y los ignorantes.

Pero veamos el sentido de esta utopía en el terreno del método y comencemos por relatar el origen del descubrimiento que hizo Jacotot y la manera en que lo llevó a cabo en el aula. Rancière refiere que la aventura intelectual de Jacotot tuvo lugar en 1818, cuando tenía el cargo de lector de literatura francesa en la Universidad de Lovaina, después de haber salido exiliado a los Países Bajos, obligado por el regreso de los Borbones al poder. Jacotot no conocía el idioma holandés, de manera que era necesario encontrar una manera de poder impartir su clase a unos alumnos que, a su vez, desconocían el francés. El libro que estableció el vínculo entre ellos fue *Télémaco* de Fenolón, un texto muy usado en Francia para la enseñanza de la lengua y que recién se había publicado en Bruselas en una edición bilingüe. Jacotot dio el texto a sus alumnos y, por medio de un intérprete, les pidió que se aprendieran el texto y escribieran un resumen auxiliándose con la traducción. Jacotot estaba haciendo un experimento y los resultados lo sorprendieron, pues aunque esperaba errores garrafales, sus discípulos hicieron el trabajo casi como cualquier hablante de francés que estuviera aprendiendo a dominar su lengua escrita. Esto lo puso a pensar sobre la manera en que los estudiantes habían podido sortear las dificultades y llegó a una conclusión que Rancière resume así: “Las explicaciones no sirven para enseñar al alumno *lo que* no podría aprender sin ellas, sirven para enseñarle *que* no podría aprender sin ellas, sirven para enseñarle su propia incapacidad” (13).

Pero, entonces, ¿cómo es que se aprende? Para Jacotot la respuesta está en uno de los axiomas del método: *todo está en todo*, el cual, dice él, está en: “la base, no de nuestra teoría (no tenemos teoría), sino de los ejercicios que debemos hacerle realizar al alumno. Que sepa algo, que lo repita perpetuamente, y que lo relacione con todo el resto [...] *todo está en todo* es la mnemotécnica de la Enseñanza universal” (52 y 82).

Se habla de mnemotécnica porque el método recupera una concepción de la memoria como el espacio donde tiene lugar la invención creativa, puesto

que es ahí donde se llevan a cabo todas las conexiones (semejanzas y diferencias) que caracterizan las operaciones de la inteligencia. A lo largo de catorce lecciones, Jacotot establece los pasos a seguir para el dominio de la lengua, de acuerdo con esta concepción del pensamiento. Enumeraré de la primera a la sexta lección de manera resumida, citando las palabras usadas por el autor, con el fin de apreciar el desarrollo del proceso de manera puntual en su arranque.

1ª. Lección. El alumno debe distinguir todas las palabras, todas las sílabas, todas las letras. El alumno repite: *Calipso/ Calipso no podía/ Calipso no podía consolarse/ Calipso no podía consolarse de la partida de Ulises.*

2ª. Lección. Se hace repetir la primer frase, y se añade la segunda siguiendo el mismo procedimiento. El alumno repite y escribe.

3ª. Lección. Se hace repetir, y se añade la tercera frase. El alumno repite y escribe desde el comienzo. Se verifica observando lo que el alumno ha olvidado para hacérselo repetir. Desde el momento en que el alumno ha olvidado algo, anótenlo para preguntárselo. Decimos que el espíritu no enseña: por tanto si el niño posee espíritu, no tiene necesidad del vuestro; si no lo tiene, no podrán dárselo. Pero la ciencia sí se enseña. Así pues, el maestro debe ocuparse sobre todo de enriquecer la memoria de sus alumnos. Tengan confianza en su espíritu; pero nunca se fíen demasiado de su memoria.

4ª. Lección. Es necesario exigir que el alumno, quien conoce las palabras, preste pronto atención a las letras y a las sílabas: eso será útil para la gramática.

Trabajen, digan otra cosa, digan lo contrario, poco importa; escuchen a los otros, reflexionen y escriban: sigan el método de la *enseñanza universal*. Si ustedes creen que lo que dicen es lo que hay que decir, podrán tener mucho talento pero nunca serán más que Aristóteles, Sócrates, Platón, o Locke, etcétera, quienes se han equivocado todos [...] He aquí a donde lleva la idea de superioridad: no tengan ese orgullo y no se equivocarán jamás (35).

5ª. Lección. Se hace repetir de memoria la ortografía de las palabras. El alumno prepara sólo la lectura de algunas palabras o de algunas frases [...] Pongan el mayor cuidado en verificar si el alumno sabe la ortografía. La ortografía es la base de una infinidad de reflexiones que la mente no hará jamás si la memoria no le presenta claramente todas las letras, todas las sílabas (36).

6ª. Lección. Cuando el alumno sabe de memoria hasta *Calipso asombrada*, uno ya no se ocupa de la lectura. /Él continúa aprendiendo de memoria, y escribe alternativamente sobre el ejemplo y con la memoria. /El alumno ya sabe leer lo suficiente como para descifrar y comprender los libros relacionando lo que ignora a lo que ha aprendido (37).

Hasta esta lección sexta, el ejercicio básico consiste en dominar, a través de la memoria, el texto en sus partes constitutivas. En primer término están las palabras, de las cuales hay que ser capaz de explicar su significado con otras palabras contenidas en el mismo, así como las relaciones entre ellas como enunciaciones que se expresan en un ritmo particular que deberá ser traducido a otras expresiones con las que el alumno podrá conseguir la comprensión de las ideas contenidas en ese texto, es decir, sobre lo que el autor ha querido referir con sus propias expresiones. De esta manera se busca que el alumno logre una disciplina interna en la búsqueda de la comprensión que no consiste en enunciar la *verdad* sobre lo dicho, sino en expresarse con veracidad. Esto le permite a Jacotot plantear una tesis materialista de la lengua que se separa de una idea mentalista del razonamiento, al transformarlo en un acto de voluntad, en una práctica que requiere exclusivamente de la atención, a la que Rancière caracteriza como: “Acto que pone en marcha a esa inteligencia bajo la orden absoluta de la voluntad” (Rancière, 42).

El mayor enemigo de la inteligencia no es entonces la tontería, sino la pereza que consiste en actuar sin voluntad o sin reflexión, ya que esa indisposición no produce un acto intelectual, no es producto de la inteligencia. Esa es la razón de que la repetición juegue un papel determinante en el método, pues es, a partir de ella, que se puede construir un orden ante lo dado y dotarlo de sentido en su asociación con otros hechos semejantes. Y en virtud de que la repetición exige disciplina, la pereza es el

principal enemigo de la inteligencia y su expresión por antonomasia: “no puedo”, no es sino la manifestación de la falta de voluntad.

Por otra parte, el método de Jacotot va en sentido inverso a la forma de impartir comúnmente el aprendizaje de la gramática, pues inicia en el texto (en su lectura) y regresa en todo momento a él (para el aprendizaje de la escritura y la expresión verbal). De ahí se puede concluir que la lengua para Jacotot es esencialmente discursiva, lo que explica que su análisis y estudio inicie con la totalidad del texto como medio para alcanzar un dominio del discurso oral o escrito.

El método sigue avanzando en ese sentido, pues en la lección séptima se convoca a los alumnos a que sepan un libro y relacionen con él todos los otros. Y después de la octava, en donde se constata que el alumno conoce de memoria *Telémaco*, le permite dar paso, en la novena lección, a la escritura de sus comentarios del texto, bajo la condición de que diga todo lo que ve, piensa y hace, siempre en relación con el texto, y no hablando desde el vacío de las opiniones personales. Las palabras usadas son entonces herramientas para confeccionar un discurso, que requiere de la misma atención intelectual que exige el hacer unos zapatos: es un trabajo artesanal, cuya utilidad en la vida humana se relaciona con su capacidad para permitir a los otros establecer nuevas conexiones, a partir de lo que se sabe, en un diálogo vinculante que genera emancipación intelectual.

Rancière, quien subrayó la dimensión política del método de Jacotot en su estudio, señala que la importancia que este último le otorga al diálogo es el medio que le permite abandonar la tendencia a imponer un pensamiento único, pues:

Al revés de lo que pensaban todos los de su época, y la nuestra, la verdad no es lo que congrega para Jacotot, sino que disgrega. Lo que congrega es la no-congregación. Los hombres están unidos porque son hombres, es decir, seres *distantes*. El lenguaje no los reúne. Por el contrario, su arbitrariedad los fuerza a traducirse, los comunica en el esfuerzo, pero también los une en la comunidad de la inteligencia: el hombre es un ser que sabe muy bien cuando aquel que habla no sabe lo que está diciendo. (Rancière, 80)

Ese es el sentido de la décima lección, en la que: “Se verifica si el alumno ha comprendido, es decir, si ha prestado atención a lo que recita” (43).

Notemos que la repetición vincula el aspecto individual del conocimiento (las relaciones de asociación: diferencia y semejanza que ocurren en la memoria), basándose en un texto escrito que se aprende y se comprende con la expresión de ese conocimiento en la traducción repetida del comentario del texto ocurrida en el habla como diálogo con los otros. Eso explica la recomendación de Jacotot a los maestros de que:

Hagan siempre preguntas cuya respuesta esté en el libro que se sabe, no importa dónde. Aun cuando los elementos de la solución estuvieran dispersos, está en la memoria reunirlos. El espíritu ve bien lo que ve; pero a menudo se habla de lo que no se ha visto; y si existe un hombre que tenga más genio que otro, lo que no creo, debe desrazonar como el más tonto, si existen tontos, cuando habla de lo que ignora [...] Ejerciten al alumno en generalizar; no digo que le enseñen a generalizar; es una facultad común a todos los hombres. Muéstrenle que está distraído, que habla sin ver, y razonará tan bien como vosotros. Nosotros siempre nos equivocamos por distracción. (45)

La onceava lección puede comenzar una vez que el alumno ya tiene el hábito de observar, comparar y percibir semejanzas y diferencias, es entonces cuando puede emprender el estudio de una obra literaria como totalidad, en la cual deberá ser capaz de darse cuenta de que la argumentación de ese discurso gira alrededor de una proposición, de la cual se desprenden todas las otras. La lección doceava da paso a la formación de un estilo de expresión personal y, la treceava, a la comparación entre géneros como la comedia y la tragedia, de los cuales se llegará a la conclusión de que son géneros sinónimos, es decir, que sólo refieren a dos modos de expresión sobre lo mismo.

La última lección consiste en relacionar las disciplinas: aritmética, geografía, historia y gramática, entendiéndolas como lenguas diferentes, ya que Jacotot establece, en este punto, que no se puede aprender nunca toda la lengua porque está compuesta de una infinidad de lenguas, es decir, lenguajes particulares que nadie es capaz de dominar en su totalidad, pues no se trata simplemente de una colección de palabras (*vid.* Jacotot, 101). Lo

que sí es posible es tener conciencia de esta variedad, pues la expresión debe perfeccionarse conociendo variados lenguajes, comparándolos, relacionándolos y reflexionando sobre ellos. No se trata entonces de acumular información sobre varias disciplinas, sino de vincularlas, pues, dice él, que: “Es fácil darse cuenta de que todos los otros libros no son otra cosa que el comentario y el desarrollo de las ideas contenidas en el primero” (127).

El *dictum* de Jacotot, de que todas las inteligencias son iguales, se traduce finalmente en la convicción de que, como apunta Rancière:

[...] cada uno de nosotros es artista en la medida en que efectúa un doble procedimiento; si uno no se contenta con ser un hombre de oficio, sino que pretende que todo trabajo se convierta en un medio de expresión, si uno no se contenta con sentir; sino que busca compartirlo. El artista necesita la igualdad, como el explicador necesita la desigualdad [...] de esta manera se puede soñar con una sociedad de emancipados, que sería una sociedad de artistas. Una sociedad como ésta repudiaría la división entre los que saben y los que no, entre quienes poseen o no la propiedad de la inteligencia. Sólo habría espíritus que actúan: hombres que hacen (Rancière, 95), que hablan de lo que hacen y transforman así todas sus obras en medios para señalar la humanidad que hay en ellos, como en todos. (Rancière, 96)

La improvisación se convierte entonces en un principio canónico de la inventiva, en la que, al renunciar al saber por el hacer, la inteligencia requiere de la virtud poética de establecer relaciones, de ver todo en todo, de distinguir con claridad que la única igualdad posible es la que opera sobre la base del reconocimiento de las diferencias.

El maestro ignorante, como lo llama Rancière, el loco que corre en contra de la corriente dominante, se convierte en un emancipador, en el verdadero revolucionario. Por eso no hay ni buenos ni malos profesores para la *enseñanza universal*, ninguno es superior a otro, pues como respondía Jacotot a sus críticos:

Yo soy digno de ustedes, y ustedes son dignos de mí: si uno de nosotros es preferible no es aquel que posee más espíritu; todos nosotros tenemos la misma inteligencia: es aquel que piensa continuamente en sus alumnos,

que los ama, que se interesa en su progreso, que los hace hablar, que despierta la pereza adormecida, que sostiene el fervor; en una palabra, es aquel que se ocupa de su educación con toda la solicitud que inspiraría el amor de sus propios hijos. No hace falta genio para eso; pero hace falta un cierto carácter, un gusto particular, y una abnegación sin reserva. Eso no se aprende, al igual que el espíritu. He aquí la semejanza; he aquí la diferencia: todo el mundo posee espíritu; pero no todo mundo posee el carácter conveniente a tal o cual situación de la vida humana. ¡Afortunados aquellos que han sido dotados de este carácter por naturaleza! Éstos lo hacen por gusto [...] y no por virtud. (98)

No se trata entonces de que desaparezca la figura del maestro, sino de cambiar su función. En lugar de ser el embrutecedor que convence al alumno de su incapacidad en la necesidad de que él le explique lo que no sabe, el maestro se convierte en el formador de una personalidad, en el forjador de un carácter inclinado a la reflexión y a la autonomía del pensamiento, en el guía que le permite al alumno tomar el camino hacia la emancipación de su inteligencia. Y aunque esto nos suene muy extraño en estos tiempos, no por eso deja de parecer más humano. Creo que Jacotot tiene razón; vale la pena tomarlo en cuenta y merece una lectura atenta.

Laura Adriana Hernández Martínez*
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

D.R. © Laura Adriana Hernández Martínez, México, D.F., enero-junio, 2008.

* hmla@xanum.uam.mx